

después, si no antes, de ver
que es una carga el poder,
la gloria un remordimiento.—

Y los relojes sin duelo
tirando de diez en diez,
tuvo por fin el consuelo
de ponerlos contra el suelo
de acuerdo una sola vez.

Y añadió:—Tenéis razón:
empleando mi paciencia
en más santa ocupación,
desde hoy pondré el corazón
de acuerdo con la conciencia.

LXXI

LO QUE HACE EL TIEMPO

A Blanca Rosa de Osma

Con mis coplas, Blanca Rosa,
tal vez te cause cuidados,
por cantar
con la voz ya temblorosa,
y los ojos ya cansados
de llorar.

Hoy para ti sólo hay glorias,
y danzas y flores bellas;
mas después,
se alzarán tristes memorias
hasta de las mismas huellas
de tus pies.

En tus fiestas seductoras,
¿no oyes del alma en lo interno
un rumor
que, lúgubre, á todas horas
nos dice que no es eterno
nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste
una verdad tan odiosa
tu bondad!
y esto fuera menos triste,
si no fuera, Blanca Rosa,
tan verdad.

Te aseguro, como amigo,
que es muy raro, y no te extrañe,
amar bien:
siento decir lo que digo;
pero, ¿quieres que te engañe
yo también?

Pasa un viento arrebatado,
viene amor, y á dos en uno
funde Dios;
sopla el desamor helado,
y vuelve á hacer, importuno,
de uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,
á su gusto se acomoda
bien y mal;
en él hasta herir es bueno;
se ama ó no se ama: esta es toda
su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,
cuando aun tiene la inocencia,
su deber!
Y ¡cómo, más adelante,
aviene con su conciencia
su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,
buscando va en nuevos lazos
otro amor?
¡Sí! culpable como el viento
que, al pasar, hace pedazos
una flor.

¿Verdad que es abominable
que el corazón vagabundo
mude así,
sin ser por ello culpable,
porque esto pasa en el mundo
porque sí?

Se ama una vez sin medida,
y aun se vuelve á amar sin tino
más de dos.
¡Cuán versátil es la vida!
¡Cuán vano es nuestro destino,
santo Dios!

ÉL lleve tu labio ayuno
á algún manantial querido,
de placer,
donde dichosa, ninguno
te enseñe nunca el olvido
del deber.

Siempre el destino constante
nos da cual vil usurero
su favor:
da amor primero, y no amante;
después mucho amante, pero
poco amor.

Tranquila á veces reposa,
y otras se marcha volando
nuestra fe.
Y esto pasa, Blanca Rosa,
sin saber cómo, ni cuándo,
ni por qué.

Nunca es estable el deseo,
ni he visto jamás terneza
siempre igual.
Y ¿á qué negarlo? No creo
ni del bien en la fijeza,
ni del mal.

Este ir y venir sin tasa,
y este moverse impaciente,
pasa así,
porque así ha pasado y pasa,
porque sí, y ¡ay! solamente
porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos
de los fáciles amores
con horror,
si cuanto más las pisamos,
más nos embriagan las flores
con su olor!

El cielo sin duda envía
la lucha á la tormentosa
juventud;
pues ¿qué mérito tendría
sin esfuerzos, Blanca Rosa,
la virtud?

¡Ay! un alma inteligente
siempre en nuestra alma divisa
una flor,
que se abre infaliblemente
al soplo de alguna brisa
de otro amor.

Mas dirás:—¿Y en qué consiste
que todo á mudar convida?—
¡Ay de mí!
En que la vida es muy triste...
Pero, aunque triste, la vida
es así.

Y si no es amor el vaso
donde el sobrante se vierte
del dolor,
pregunto yo:—¿Es digno acaso
de ocuparnos vida y muerte
tal amor?

Nunca sepas, Blanca Rosa,
que es la dicha una locura,
cual yo sé;
si quieres ser venturosa,
ten mucha fe en la ventura,
mucha fe.

Si eres feliz algún día,
¡guay que el recuerdo tirano
de otro amor
no sé filtre en tu alegría,
cual se desliza un gusano
roedor!

Tú eres de las almas buenas,
cuyos honrados amores
siempre son
los que bendicen sus penas,
penas que se abren en flores
de pasión.

Con tus visiones hermosas,
nunca de tu alma el abismo
llenarás,
pues la fuerza de las cosas
puede más que Hércules mismo,
¡mucho más!...

Si huye una vez la ventura,
nadie después ve las flores
renacer
que cubren la sepultura
de los recuerdos traidores
del ayer.

¿Y quién es el responsable
de hacer tragar sin medida
tanta hiel?
¡La vida! ¡ésa es la culpable!
La vida; sólo es la vida
nuestra infiel.

La vida que, desalada,
de un vértigo del infierno
corre en pos.
Ella corre hacia la nada;
¿quieres ir hacia lo eterno?
Vé hacia Dios.

¡Sí! corre hacia Dios, y El haga
que tengas siempre una vieja
juventud.
La tumba todo lo traga;
sólo de tragarse deja
la virtud.

LXXII

FIN Y MORAL DE LA ILÍADA

Después que Troya fué, severa Esparta,
muerto su rey, de liviandades harta,
á Rodas sin piedad desterró á Elena,
donde la ahorcó celosa Polixena.
Pero antes que el honor del sexo bello
como un cisne al morir doblase el cuello,
la dijo así el verdugo:—¿Por ventura,
quieres más que la dicha tu hermosura?
La reina, que tu mal tanto desea,
te dejará vivir si te haces fea;
ponte estas hierbas sobre el rostro, hermosa,
y siendo horrible, vivirás dichosa.
¿No vale más ser fea afortunada,
que hermosa, y por hermosa desdichada?—

Calló el verdugo y suspiró; mas ella,
prefiriendo el no ser, á no ser bella,
cogió el dogal, y se lo ató de suerte
que, á su belleza fiel, se dió la muerte;
y más que vivir fea y venturosa,
prefirió ser ahorcada, siendo hermosa.

LXXIII

LA CIENCIA NUEVA DE VICO

I

Á un cierto maestro vi
en cierto pueblo explicar
á varios niños, á mí,
y al sacristán del lugar.

Y recuerdo, aunque era un chico,
que comenzó de esta suerte:
—Ved: ciencia nueva de Vico;
nacimiento, vida y muerte.

Círculo de toda historia,
renacer tras de acabar:
fábula, entusiasmo, gloria,
la muerte, y vuelta á empezar.

Así, ya unida, ya rota,
sigue esta rueda fatal,
sin que se turbe una nota
del concierto universal.

Allá el Egipto entreveo;
vida, gloria, senectud,
Reyes—Pastores—Proteo,—
Cambises; la esclavitud.

¡Cielo de dichas y penas!
Llega la Grecia. ¡Atención!
Los Argos—Esparta—Atenas.—
Filipo; la humillación.

Mudando nombres y nombres,
en rápido movimiento
rodando van pueblos y hombres
cual hojas que arrastra el viento.

¡Fenicia! Ved á Sidón,
la reina antigua del mar.
Cartago—Pigmaleón.—
Nabuco, y vuelta á empezar.

Dioses—Héroes—Invenciones.
Así, abyectas ó gloriosas,

van, como veis, las naciones,
los hombres, pueblos y cosas.
¡Roma! Tras su edad divina,
por César llega á Tiberio.
Numa—Catón—Mesalina,—
Reyes—República—Imperio.

Pasan así en raudo giro
y en perpetua evolución,
Alejandro, como Ciro,
como César, Napoleón.—

II

Y al ver que de nuevo empieza
su incesante torbellino,
poniéndonos la cabeza
cual la rueda de un molino,
—O vuestro Vico es un tonto,
ó yo no sé qué pensar;—
dijo al maestro de pronto
el sacristán del lugar.

—No es gran mérito el zurcir
la historia de esa manera;
nacer, crecer y morir;
eso lo sabe cualquiera.

Pese á vuestros pareceres,
¿no valdría mucho más
decir á todo: *Polvo eres
y en polvo te volverás?*—

Mira el maestro al que cree
llegar de Vico á la altura,
como quien dice: (—Este lee
los libros santos del cura.—)

Y en su silencioso afán,
que esto imagina se infiere:
(—Dice bien el sacristán,
todo lo que nace muere.—)

Y murmuró: (—De manera
que mi ciencia está demás,
si un libro santo cualquiera
enseña esto y mucho más.—)

Y al fin—¡niños!—prorrumpió,
—después de círculos tantos,
podréis saber más que yo
leyendo los libros santos.

Pues hoy por ellos me explico
cómo puede ser que sea
mucho más sabio que Vico
el sacristán de una aldea.

LXXIV

LA HISTORIA DE AUGUSTO

I

A Ovidio empieza á leer
su historia el emperador,
pues dice que quiere ser
cual César, autor y actor.

Hombre sin Dios y sin ley,
que de su provecho en pos,
pérfido antes, se hace rey,
necio después, se hace Dios.

En su historia disculpaba
sus faltas cándidamente,
cosas que Ovidio escuchaba
con el rubor en la frente.

—¿Verdad que al mundo hará honor
la que llamo *era Juliana?*—
dijo á Ovidio, el salteador
de la libertad romana.

Con un dictamen muy justo
quiso Ovidio honrar su labio,
porque al fin perdona Augusto,
después que se venga Octavio.

—Y, francamente, señor,—
dijo de modestia lleno:
—si sois bueno como actor,
como autor no sois tan bueno.—

—O—con altivo semblante
replicó el emperador:
—que soy muy buen comediante,
pero muy mal escritor.—

Selló el rey su augusto labio,
calló Ovidio, no sin susto,
pues siempre al fin venga Octavio
los disimulos de Augusto.

II

Cayó Ovidio en el desliz
de llamar, poco después,
á Livia, la emperatriz,
«Ulises con guardapiés».

Tuvo el rey por ofensivo
este madrigal tan bello,
tomando esto por motivo
para vengarse de aquello.

Y á Ovidio desterró Augusto
de la Circasia á un rincón,
como buen tirano, injusto:
falso, como buen histrión.

III

Muriendo Octavio inmortal,
entre grandes dignos de él,
les pregunta así:—¿Qué tal
representé mi pápel?—

Y contesta Ovidio á Octavio
desde la orilla del Ponto:

—Representó como un sabio
lo que pensó como un tonto.—

Murió Octavio, el iracundo;
pereció Augusto, el sagaz:
el que dió la paz al mundo
ya ha dejado al mundo en paz.

Conque, ¿qué tal? Lo repito
con más razón que despecho:
has hecho muy bien lo escrito,
y escrito mal lo que has hecho.

Doy al mundo el parabién.
¡Falso! aun preguntas ¿qué tal?
Como cómico, muy bien;
como emperador, muy mal.

LXXV

ANTINOMIAS DEL GENIO

Sentado indolentemente,
cierta noche de verano,
con una pluma en la mano
y una luz frente por frente,

está Napoleón Primero
sumando con mucho afán,
puesto á un lado aquel gabán,
y á otro lado aquel sombrero.

Suma, de intento, muy mal,
entre espantado é iracundo,
todas las muertes que al mundo
costó su gloria imperial.

Y cuando ya á traslucir
llega una cifra espantosa,
se lanza una mariposa
sobre la luz á morir.

Su muerte próxima al ver,
sintió el héroe compasión;
que al fin, aunque Napoleón,
era un hijo de mujer;

y con benévola calma
la separó dulcemente,
pues los que matan la gente
pueden también tener alma.

El, que *carne de cañón*
pudo á los hombres llamar,
ve á un insecto peligrar
con pena en el corazón.

Ni ella cede, ni él se para,
y con intención más terca,
cuanto más ella se acerca,
tanto más él la separa.

Tal vez el emperador
llorara de sufrir tanto,
si él pudiera tener llanto
para el ajeno dolor.

¡Ay! una vida tan ruin,
¿no había, de enternecer
al que acababa de hacer
del universo un botín?

¡Y luego la coalición
dirá que no era perfecto
el que en salvar á un insecto
funda un sueño de Colón!

Sigue la lucha emprendida
entre él y ella, y de esta suerte,
mientras busca ella la muerte,
le da Napoleón la vida.

Y así el empeño siguió
por ambos con frenesí;
la mariposa en que sí,
y Napoleón en que no.

La salva al fin, y—¡victoria!—
exclama con alegría
el que hacía y deshacía
á cañonazos la historia.

¡Victoria! ¡Victoria, pues!
¡Dios inmenso! ¡Dios inmenso!
¡De esa acción suba el incienso
hasta tus divinos pies!

Aquella alma generosa
que vertió de sangre un mar,
¡cuánto luchó por salvar
la vida á una mariposa!

¡Que alguno de tal bondad

cuente á la Francia la gloria,
 luego la Francia á la historia,
 y ésta á la posteridad!
 Y tú, ciega multitud,
 pobre *carne de cañón*,
 dí por él:—¡Oh compasión,
 tú eres sólo la virtud!—

LXXVI

LAS DOLORAS

A doña Juana Barrera de Campos

¿Conque una buena dolora
 me pides, Juana, tan llena
 de candor?
 Tal vez tu inocencia ignora
 que será, si es la más buena,
 la peor.

¿Te he de alabar, fementido,
 desventuradas venturas
 que gocé,
 y amores que he aborrecido,
 é inagotables ternuras
 que agoté?

Perdona si en mis doloras
 siempre mi pecho destila
 la ansiedad
 de unas sombras vengadoras
 que asaltan mi no tranquila
 soledad.

Jamás en ellas escrito
 dejaré, imbécil ó loco,
 el error
 de que el bien es infinito,
 ni que es eterno tampoco
 el amor.

Bueno es que, aunque terrenales,
 nuestras venturas amemos,
 pero ¡ah!
 bienes de acá son mortales;
 ¡la dicha y el bien supremos
 son de allá!

¡Qué inconsolables cuidados
 da el ver desde la rendida
 senectud,
 los tesoros disipados
 de la por siempre perdida
 juventud!

¡Qué manantial más fecundo
 de engañosas esperanzas
 es amor!
 ¡Qué doctor es tan profundo
 en útiles enseñanzas
 el dolor!

¡Cuán ciego el amor, cuán ciego,
 falta al deber más sagrado!
 Y es de ver
 cómo al amor faltan luego
 los que primero han faltado
 al deber.

¡Pérfido amor, y cuál huye
 tras los primeros momentos
 del ardor!
 ¡Santa amistad, que concluye
 por cumplir los juramentos
 del amor!

Siento á fe que esta dolora
 hiera, Juana, tu ternura,
 mas ya ves
 que toda dicha de ahora
 es siempre la desventura
 de después.

Por eso, olvidado, quiero
 ya sólo el eterno olvido
 esperar;
 aunque del mundo en que espero,
 más siento el haber venido
 que el marchar.

Hasta de mí, el pensamiento
 hastiado y arrepentido
 del vivir,
 huye cual remordimiento
 que del crimen cometido
 quiere huir.

Aunque, de dolor ajenos,
la vida ven placentera
 los demás,
si la despreciara menos,
yo acaso la aborreciera
 mucho más.

Deja ya, corazón mío,
cuanto encuentras deleitable,
 sin saber
que al gozar mueres de hastío,
galeote miserable
 del placer.

¡La vida! ¡Cuán fácil fuera
sus más aciagos momentos
 soportar,
si en el pecho se pudiera
algunos remordimientos
 enterrar!

Mas ¡ay! Juana encantadora,
¡cuál de espanto retrocede
 tu candor,
al mirar que esta dolora,
si es buena, tampoco puede
 ser peor!

Y es que derramo sincero
de mi dolor la medida
 sin querer,
siempre que las aguas quiero
de mi soñolienta vida
 remover.

Ya, cual todo penitente
en el lodo derribado
 por su cruz,
me agito impacientemente
por revolverme hacia el lado
 de la luz.

Yo antes vivir anhelaba,
mas hoy morir sólo fuera
 mi ilusión;
si estuviere como estaba
el día de mi primera
 comunión.

¡Juana! el respeto adoremos
que aun nos liga complaciente
 al deber,
y los lazos desatemos
que habrá el tiempo tristemente
 de romper.

¿A qué esperar á mañana
en dejar esto, y de aquello
 en huir,
si aunque tú lo sientas, Juana,
lo que no dejemos, ello
 se ha de ir?

Al fin, de tu santo celo
las huellas de buena gana
 sigo fiel.
Cuando va el perfume al cielo,
todo lo que siente, Juana,
 va con él.

Ya en mi inútil existencia,
sólo el ímpetu moderado
 del dolor
con paciencia y más paciencia,
ese valor verdadero
 del valor.

Y hoy que humilde, si antes tierno,
sus culpas el alma mía
 va á expiar,
¡perdóname, Dios eterno!
¡entonces ¡ay! no sabía
 sino amar!

Ya en nada inmutable creo
más que en Dios Omnipotente,
 y también
en que engaña mi deseo
por llevarme más clemente
 hacia el bien.

¡Sí! me lleva al bien cumplido,
que busco cual nunca fuerte,
 pues ya sé
que, aunque todo me ha vencido,
hoy venceré hasta la muerte,
 con la fe.

Y adiós, Juana, que extasiado,
del supremo bien que anhelo
voy en pos.
¿Quién será el desventurado
que sólo mirando al cielo
no halle á Dios?...

LXXVII

LA GRAN BABEL

A don Rafael Cabezas

I

Refiere el vulgo agorero,
que de los cantos del mundo
el *tarará* fué el primero
y el *tururú* fué el segundo.
Y hay quien cree que estos sonidos
de *tururú* y *tarará*,
son los últimos gemidos
que una lengua al morir da.
Oye, y al fin de esta historia,
¡dichosos, Rafael, los dos,
si al perder la fe en la gloria,
aun nos queda la de Dios!

II

A un romano un caballero
regaló un pájaro un día,
que, lo mismo que un Homero,
voces del griego sabía.
Y es fama que el patrio idioma
charloteaba con tal fuego,
que al pájaro todo Roma
le llamó el *último griego*.
Si con preguntas la gente
le importunaba quizá,
respondía impertinente
el pájaro:—*Tarárá*.
¿Qué es *tarará*?—preguntó
lleno el romano de celo.
Sofió un sabio, y contestó:
—¿*Tarárá*? Patria del cielo.—
Que á un sueño, hambrienta de fama
se agarra la tradición,

como un náufrago á la rama
prenda de su salvación.
Después de mucho aprender,
ni al cabo de la jornada
llegó el romano á saber
que *tarará* no era nada.

Sólo por presentimiento
pudo asegurar un día
que era el pájaro del cuento
el que más griego sabía.

Y es que sin duda perece,
cual lo mezquino también,
hasta aquello que merece
de Dios y la historia bien.

III

Pues dando á esta historia cima,
refiere otra tradición
que siendo virrey en Lima
nuestro conde de Chinchón,

le regalaron un día
un loro experto en historia,
el solo eco que existía
de la peruviana gloria.

—¿Quién fué—le pregunta el conde—
el primer rey del Perú?—
Habla el loro, y le responde
en ronca voz:—*Tururú*.

—¿Sabremos qué frase es ésta?—
dice á un sabio el español.
Sueña el sabio y le contesta:

—¿*Tururú*? Patria del sol.

El pobre sabio aquí miente,
cual mintió iluso el de allá.
¿Quién renuncia fácilmente
á la ilusión que se va?

Toda lengua y toda gloria,
cumplida ya su misión,
se tiende sobre la historia
como un fúnebre crespón.

Pues lo mismo aquí que allá,
en Roma y en el Perú,
como el griego á un *tarará*,
llegó el inca á un *tururú*.

¡Paciencia! En queriendo el cielo
nuestras glorias eclipsar,
no nos deja más consuelo
que el consuelo de llorar.